

EN LA JUVENTUD
ESTÁ EL PLACER

www.elboomeran.com

Denton Welch



En la juventud está el placer

Traducción de Albert Fuentes
Prólogo de Julio José Ordovás



ALPHA DECAY

CONTENIDO

PRÓLOGO
de Julio José Ordovás

7

En la juventud
está el placer

13

PRÓLOGO
UNA BICICLETA
EN EL SETO

En la National Portrait Gallery, entre tantas excelentísimas e ilustrísimas autoridades, hay un tipo que da la impresión de que se ha equivocado de fiesta. No infla el pecho ni eleva la barbilla ante las mayúsculas de la Historia. Tampoco mira de arriba abajo para hacerse el grande y si frunce los labios es por coquetería. En su mirada brilla la curiosidad: algo que no vemos atrae su atención y no puede apartar la vista de ello. Es un milagro que todavía no lo hayan descolgado de paredes tan solemnes y sustituido por otro con pose grandilocuente y mirada ciega, como cualquier héroe de la patria. Se habrán olvidado de él.

Pero es difícil olvidarse de un tipo como Denton Welch después de haberlo visto y, más aún, después de haberlo leído. Para pintar su autorretrato, salta a la vista que Welch se inspiró en Antonello da Messina, que encerraba un enigma en cada uno de sus retratos, ofreciendo en los ojos siempre escurridizos del personaje la llave para su resolución. Sus fuentes literarias no son, sin embargo, tan evidentes, aunque desde el principio todos lo tomaran por el primo inglés de Proust. Quizá Welch no se propuso ser escritor y no lo habría sido si no lo hubieran arrollado cuando pedaleaba por una tranquila carretera del extrarradio londinense. Tenía veinte años, era domingo, iba de excur-

sión. Cuatro semanas antes, T. E. Lawrence se había salido con su moto de otra tranquila carretera inglesa. Él murió a consecuencia de la caída, pero los niños que se le cruzaron con sus bicicletas resultaron ilesos. Con la espina dorsal hecha astillas, Welch desatendió progresivamente su vocación pictórica para volcarse en la escritura y, gracias a la indemnización que recibió por el accidente y a los cuidados de su compañero, Eric Oliver, en el coleccionismo de antigüedades y en la restauración de una casa de muñecas del siglo XVIII. El coleccionismo era su gran pasión y los pícnicos su mayor afición, a la que no renunciaría pese a haber sido condenado a la semi-invalidez. Era un pintor de talento relativo. Fue a través de la literatura como reveló y canalizó su genio. Welch pintaba mejor con las palabras que con los pinceles.

El personaje frágil y valiente de Denton Welch es terriblemente atractivo, y nada más fácil y tentador que rendirse al encanto de su excentricidad, como hizo su amiga Edith Sitwell, coleccionista de excéntricos y excéntrica ella misma, o reivindicarlo para la causa de la literatura gay, que es lo que hicieron W. H. Auden y Edmund White. Denton Welch jugaba a provocar, saltándose por deporte las normas y los convencionalismos, disfrazándose, travistiéndose y refugiándose en una arcadia gótica, aislada del mundo plano, rígido, temeroso de dios y violento que le tocó sufrir. Pero su obra literaria va mucho más allá de la travesura provocativa, del juego ambiguo de un baile de máscaras chinas y venecianas. Welch se desnudaba sin llegar a quitarse la ropa. No perseguía el escándalo.

Necesitaba divertirse como fuera para dejar de llorar por la desaparición de su madre.

El accidente destrozó su vida, y desde que salió de la convalecencia, que se prolongó durante años, hasta su muerte en 1948, se dedicó a reconstruirla, pieza por pieza, con una precisión en los detalles que sólo la explica, además de una fabulosa capacidad de observación unida a una memoria visual calidoscópica, su necesidad de revivirla. Es increíble su habilidad para recuperar y abrillantar, con una luz nueva, los colores, las texturas y los perfiles de los objetos en los que posó sus manos o simplemente sus ojos. Y si se le daba bien la pintura de objetos, no se le daba peor la de personajes, capturando los gestos, los tics, las particularidades que los singularizaban, y fijándolos con imágenes extraídas de una imaginación entre naíf y macabra.

Denton Welch no escribió nada que no hubiera vivido. Pero a diferencia de la mayoría de los escritores autobiográficos, su obra no es producto de la evocación, un digresivo encaje de recuerdos, y esto lo diferencia de Proust y de su método arácnido. Restaurando su vida Welch no trata de reconstruir la época posvictoriana, ni de explicarse a sí mismo, ni se esfuerza en crear un personaje y envolverlo en una leyenda. Welch no instrumentaliza sus recuerdos someténdolos a una estructura novelística convencional. Más que recordar, él revive lo que le pasó y lo cuenta de manera lineal, bajo un transparente barniz ficticio, igual que lo contaría un escritor de diarios, con mucha elasticidad, mucha penetración y una sensación de naturalidad e inmediatez que te descoloca, como

si no hubiera permitido que el paso del tiempo embozonara su visión de los hechos y alterara sus sensaciones y sus emociones.

Welch es un caso insólito de escritor autobiográfico y su obra una locura llevada con éxito a la práctica. Mark Twain decía que la vida no está construida principalmente de hechos y acontecimientos, sino que consiste más bien en una tormenta de ideas que siempre sopla y golpea en nuestra cabeza. A partir de esta premisa fue como el padre putativo de Tom y Huck compuso su autobiografía, libro que ha sido un *best seller* en tres siglos consecutivos. Denton Welch debía de creer lo contrario, que la vida sí está hecha principalmente de hechos y acontecimientos, y su obra es la reproducción puntillosa y fidedigna, hasta donde lo permite la literatura, de esos acontecimientos. No sabemos qué límites habría superado Welch en su viaje al pasado de haber disfrutado de una prórroga, pero podemos suponer que a él no le interesaba reconstruir, interminablemente, todos y cada uno de los hechos (aventura para la que haría falta una existencia paralela y cuyo resultado, una autobiografía completa, no podrían contenerlo, como decía el exagerado de Twain, ni la totalidad de las bibliotecas del mundo), sino los concernientes a los episodios que le marcaron tras la muerte de su madre, desgracia de la que tampoco se recuperó.

A los veintiséis años Welch se estrenó como escritor, enviando a *Horizon*, la revista de Cyril Connolly, el relato de una visita a la casa de Walter Sickert, el pintor acusado de estar detrás de los crímenes y de la

máscara de Jack el Destripador. En sus narraciones largas, Welch se enfrentó a tres capítulos clave de su vida: la escapada del internado y el viaje a Oriente a requerimiento de su padre, que había establecido en China sus negocios (*Maiden Voyage*), la pérdida definitiva de la inocencia y el descubrimiento del placer y sus riesgos en un eterno y fugaz verano (*In Youth is Pleasure*) y la temporada que pasó en el infierno de los hospitales tras el accidente (*A Voice Through a Cloud*, novela que quedó inconclusa). Episodios que constituyen sendos ritos iniciáticos: el adiós a la infancia, la eclosión de la adolescencia y el derrumbe de la juventud y su posterior agonía. De *Brave and Cruel and Other Histories*, un libro de relatos compuesto de otro recuento de hechos en este caso aleatorios, corrigió las pruebas sin llegar a verlo impreso. También su diario, sus poemas y unos cuantos relatos inéditos, como *I Left my Grandfather's House*, aparecieron póstumamente, completando un autorretrato forzosamente incompleto.

«Denton Welch es uno de esos raros premios que le tocan al lector asiduo», escribió César Aira en *Las tres fechas*, ensayo en el que le practica la autopsia al cuerpo literario de Welch intentado dar con el origen de su magia. Y ese premio le tocó a William Burroughs, que adoraba a Welch y reconocía en *In Youth is Pleasure* su mayor influencia. A Stephen Spender, que dijo de *A Voice Through a Cloud* que era el libro más maravilloso y terrorífico que había leído nunca. Y a Alan Bennett, que leyó el diario de Welch en 1952 y, cincuenta años después, pudo comprobar que los colores de

aquel libro seguían tan vivos y turbadores como en el año de su publicación. Bennett fue, dicho sea de paso, el que sugería titular la biografía de Welch tal como se titula este prólogo.

Los que hayan abierto este libro deberían por tanto sentirse afortunados. Les ha caído un premio de los que tocan pocas veces. Un premio raro llamado Denton Welch. «Ausente de toda lista de lecturas obligatorias, fuera de diccionarios y manuales, marginal, secundario: eso no le impide ser un astro de primera magnitud en las constelaciones de la erudición y el gusto. Sería difícil encontrar un escritor en el que terminen o empiecen tantos hilos del entramado de su tiempo y su mundo, y de mayor calidad literaria. El enigma de su vida está a la altura de su genio creador». Son palabras de César Aira, un tipo que suele ser muy tacaño en los elogios.

JULIO JOSÉ ORDOVÁS

EN LA JUVENTUD
ESTÁ EL PLACER



I

Un verano, varios años antes de que diera comienzo la guerra, un muchacho de quince años se alojaba con su padre y sus dos hermanos mayores en un hotel cerca del Támesis, en el condado de Surrey. El hotel había sido una casa de campo y antes un palacio real. Pero ahora habían cerrado el patio principal con una cubierta de cristal para convertirlo en un enorme salón de té; también había una deslumbrante plétora de cuartos de baño en la planta baja y toda un ala nueva con un salón de baile y pequeños trasteros en el piso de arriba.

No habían cambiado sin embargo los encantadores parques que rodeaban el hotel, tampoco los jardines escalonados y las extensiones de césped que descendían hasta un laguito artificial rodeado en casi todo su perímetro de enormes zarzas sin podar. El lago y sus orillas eran los únicos lugares un poco abandonados; el resto de los terrenos, con la fuente, la gruta, el *cottage orné*, y el abigarrado cementerio de mascotas, estaban bien cuidados.

El muchacho, que se llamaba Orvil Pym, salió a dar una vuelta por aquellos jardines bien cuidados la primera noche de su estancia en el hotel. Había llegado con su padre aquella misma tarde a bordo de uno de esos enormes Daimlers negros y encerados que los desconfiados siempre imaginaban que eran de alquiler.

El señor Pym, recién llegado de Oriente después

de una estancia de seis meses, había subido a los Midlands para recoger a Orvil en la escuela. Los últimos días de aquel trimestre Orvil los había pasado enfermo. Como era aprehensivo y le asustaban las cosas de la vida, Orvil fue uno de los primeros en mostrar síntomas de la intoxicación alimenticia, pero enseguida se llenaron dos pabellones del sanatorio con otros muchachos de su grupo que presentaban los mismos síntomas. Un poco de fiebre, mareos y un poco de diarrea, nada grave. Los muchachos no habían perdido la alegría y la vivacidad, y hacían rodar los orinales de porcelana blanca por el entarimado, decían palabrotas y contaban historias, y aprovechaban la quietud de la noche para insultarse y pelearse.

La intoxicación había disgustado más a la esposa del tutor del internado que a las propias víctimas. Era una buena cocinera, los chicos lo sabían, todo el mundo lo sabía. No escatimaba ni ahorrraba para llenar los bolsillos de su marido y preparar un fondo de reptiles para la jubilación. ¡Pero si ese mismo sábado había cocinado salmón con pepinos y un bizcocho borracho con nata de verdad!

Iba y venía avergonzada por la casa y de repente se ruborizaba sin motivo aparente. Se ponía mala cuando pensaba qué dirían las otras esposas de los tutores. Las mezquinas seguro que se relamían pensando que ella, que daba de comer sin reparar en gastos, había intoxicado a la mitad del grupo; y las de buen corazón seguro que le tenían lástima. La desdichada esposa del tutor sufría de lo lindo al imaginar la alegría de unas y la compasión de las otras.

¿Qué había sido?, se preguntaba sin cesar. ¿Quizá los bocadillos de paté de carne que había servido con el té?

Cuando supo que por fin estaba enfermo de verdad, Orvil sintió alegría y un cierto alivio. Su primer año en el internado había sido tan preocupante y descorazonador que se pasó todo el tiempo suspirando por una habitación muy silenciosa donde poder dormir.

Al principio el sanatorio lo había sido, de modo que pudo disfrutar del lugar. Pero entonces los otros chicos empezaron a llegar y aquello se convirtió de la noche a la mañana en una casa de locos.

Una tarde Orvil ya no podía tenerse en pie. La cara y los brazos tenían un tono azulado y le empezó a salir un sarpullido de feas manchas rojas. Aquella situación se debía a tres cosas: la intoxicación, su aprehensión y la enorme dosis de un medicamento, parecido a la aspirina sólo que más fuerte, que le había dado la enfermera. Se levantó, como si estuviera en un trance y acto seguido empezó a saltar a gatas alrededor de la cama mientras croaba: «Soy una rana, soy una rana, una enorme rana blanca».

Hubo un momento de silencio en el pabellón; entonces, un niño alto y corpulento, al que ya le asomaba el vello por las ventanas de la nariz, exclamó con la voz asustada: «Enfermera, enfermera, venga enseguida. Pym se ha vuelto loco. Está brincando por la sala. Dice que es una rana».

La enfermera entró corriendo y levantó a Orvil del suelo. Pese a que era una mujer pequeña, tenía un cuerpo muy fuerte y vigoroso, y pudo levantar a Orvil

a peso sin dificultad. Mientras lo llevaba de vuelta a la cama apenas podía contener la risa.

«¡A quién se le ocurre, creerse una rana!», dijo, mientras intentaba atusarle el pelo con las manos, su pelo abundante, áspero y rizado, y le abrochaba el primer botón de la camisa del pijama, que Orvil siempre se dejaba abierto. Y entonces fue a por toallas y agua para darle unas friegas tibias.

Orvil seguía fingiendo que desvariaba. Cuando ella regresó, oyó que los demás chicos susurraban: «Pym está delirando, tiene visiones».

La enfermera le quitó la camisa y empezó a darle friegas con la esponja tibia en el pecho y los brazos. Tenía los ojos cerrados, no quería ver cómo ella le miraba el pecho. La enfermera le sujetó la mano para levantarle el brazo con delicadeza y el agua se escurrió hasta la axila; tenía cosquillas. Le entró un pequeño escalofrío y ella se rió.

«Te sentará bien», dijo. «Te refrescará.»

Cuando terminó de secarle la mitad superior del cuerpo, le puso la camisa y le bajó los pantalones del pijama casi en un mismo gesto. Entonces, con destreza, le colocó una toalla encima y empezó a lavarle por debajo, entre las piernas. Orvil notaba que tenía la entrepierna pegajosa y caliente, y la esponja fría le hizo tiritar, pero no le importaba que las manos rápidas y expertas de la enfermera le tentaran por debajo de la toalla. Se sentía a salvo con la camisa del pijama puesta.

«Me pregunto si Florence Nightingale enseñaba a hacerlo de esta manera. No parece muy normal, la verdad», pensó.

«¡Para de temblar de una vez!», dijo la enfermera, dándole una zurra traviesa en las nalgas, pues a Orvil se le juntaban las rodillas con fuerza y luego se le separaban, y todo su cuerpo no paraba de dar unos saltitos convulsivos que le hacían incorporarse un poco.

Orvil trató de controlar las contracciones de su cuerpo, pero entonces los dientes le empezaron a castañear. Parecía como si llevara una dentadura postiza mal colocada y cuando se mordió la lengua soltó un gruñido.

«¿Y ahora por qué te ha dado? ¿Te crees un cochinitillo?», aventuró la enfermera, sin mostrar la menor lástima. En efecto, ella no sabía qué había pasado. Terminó de secarle las piernas, le apretó más de la cuenta el cordón trenzado a la cintura y le volvió a arropar con las sábanas.

«Ahora te sentirás mejor», dijo, y le dio dos pastillas más de aquellas que le habían llenado el cuerpo de ronchas. De nuevo intentó peinarle con los dedos, pero se rindió y, entre risas, le dijo:

«Tienes el pelo de un terrier, o como un techo de paja de la mejor calidad, con la garantía de no dejar pasar la lluvia en cien años», y entonces añadió con más dulzura: «Buenas noches, muchacho», y se fue.

«“Muchacho” suena raro», pensó Orvil. «La palabra está cargada de sexo», y continuó pensando en distintas palabras y en los sentimientos que le causaban, hasta que se durmió.

*

Orvil se puso contentísimo al ver a su padre en el cochazo negro esperándole a la entrada del sanatorio. La visión le cogió tan de sorpresa que le pareció una respuesta directa y mágica a sus ruegos.

«No necesitaba un coche tan grande para mi huida», pensó, «pero la magia nunca repara en gastos, jamás me hubiese enviado un Austin mini.»

Salió corriendo a la luz del día. La cabeza empezó a darle vueltas y sintió un cosquilleo enloquecedor en una de sus orejas.

«¡Hola, papá!», exclamó, mientras abría la puerta del coche para que su padre pudiera salir. Orvil sólo le veía una vez cada tres años y la existencia del señor Pym apenas significaba para él nada más que coches negros y comidas emocionantes en restaurantes. Apenas tenían de qué hablar, porque el único tema que les interesaba a los dos era precisamente aquel que estaba prohibido. La madre de Orvil había muerto hacía tres años y Orvil sabía bien que bastaba mentarla para que el rostro de su padre se paralizara y endureciera, y su voz se volviese tajante, cruel y despectiva. No se podía volver a pensar en ella, ni tenerla en cuenta, precisamente por lo mucho que la habían querido. Era de mal gusto mostrar que sabías que una mujer como ella había llegado a existir. Tan innombrable era que, al hablar del pasado, era necesario emplear elaborados circunloquios.

«¡Hola, Microbio!», dijo el señor Pym. Siempre le había llamado así, porque era su hijo más pequeño. A veces, le llamaba Gusano, pero por lo general era Microbio.

«¿Estás mejor?», continuó. «Todavía se te ve un poco pachucho.»

«Qué va, ya estoy curado. ¿Nos vamos en seguida, ya?», dijo Orvil, mirando a su padre con apremio. Volvió corriendo a por la maleta y no se sintió a salvo hasta que perdió de vista el pueblo y todos los edificios de la escuela.

El chófer manejaba el coche con suavidad y pericia. Sólo un momento le duró a Orvil la alegría por la libertad. Enseguida empezó a preocuparse, porque las vacaciones acababan de empezar y con cada segundo que pasaba se aproximaba el inicio del siguiente trimestre.

El señor Pym propuso hacer noche en Oxford antes de continuar el viaje hacia el sur. Si lo hacían, podrían averiguar si Charles, el hijo mayor, todavía estaba en su apartamento o no. Charles tenía un carácter tan independiente que siempre se negaba a informar de sus planes o a escribir ni siquiera una triste carta. El señor Pym tenía que apañárselas como podía para saber de su hijo.

Charles no estaba. Cuando preguntaron en su apartamento, la casera les dijo que se había marchado al término del curso en compañía de dos jóvenes caballeros. «Se fueron en aquel coche suyo azul que petardea», dijo con desdén. Orvil detestaba el Bugatti azul de su hermano casi tanto como parecía detestarlo la casera. Las cintas de cuero que sujetaban el capó abombado y el obscuro tubo de escape, que tanto se parecía a una aspiradora tragona, eran las partes que más le disgustaban.

Orvil y su padre volvieron al hotel Mitre y tomaron

asiento en una sillas de mimbre bajo el techo de cristal. El señor Pym pidió un cóctel de ginebra y vermú francés para él y un zumo de naranja para Orvil. No hablaba. Empezó a hojear unas revistas que había en la mesa. La tristeza cayó sobre Orvil. Su padre levantó la vista, cogió la cereza del cóctel y se la ofreció, como siempre había hecho cuando Orvil todavía era un niño pequeño. Orvil cerró los dientes sobre aquella fruta de un rosa subido, mientras su padre todavía sujetaba el otro extremo del mondadientes de madera. El espantoso sabor a alcohol, perfume y sirope le golpeó el paladar y en un instante fue de nuevo un niño de ocho años, frente a la chimenea de la biblioteca, en pijama, con un tazón de leche caliente, mientras su padre saboreaba un cóctel y le leía en voz alta hasta que el reloj daba las siete y media de la noche con un doble repique.

«¿Cuántas cerezas empapadas de ginebra me habré comido antes de cumplir los diez años?», se preguntó.

«Entremos a cenar», dijo el señor Pym, al cabo de tres Dry Martinis, antes de ponerse de pie y seguir a Orvil de camino al comedor. A Orvil le gustó que su padre le dejara ir delante.

Se detuvo algo confuso en medio de la sala, miraba los escudos de colores que colgaban de las paredes, mientras esperaba a que su padre eligiera la mesa. Cuando encontró el blasón del College de su hermano, su padre ya se había decidido por una mesa cerca de una anciana que parecía alimentarse solamente de huevos duros. Sobre el mantel blanco, descansaban ya dos cáscaras. La anciana juntó sus labios de cascanueces con un chasquido y le dijo una maldad al joven ca-

marero que se había inclinado para escucharla. Cuando la mujer se llevó la mano a la boca, Orvil vio que la piel se le pegaba a los huesos como una capa translúcida de gelatina. Llevaba en un dedo una media sortija incrustada de enormes diamantes, el tipo de anillo que combina bien con el menaje blanco de alcoba, las coronas de rosas, los paneles encastrados de mimbre, los calzadores y abotonadores de plata y las caras angelicales de Reynolds en las tapas oxidadas de los botes de colorete.

Orvil la observó durante gran parte de la cena, pero ello no le impidió prestar atención también a la comida. De primero, tomó sopa de tomate, que acompañó con muchas tostaditas Melba, para pasar después al pato asado y la ensalada de naranja con puré de patatas y espinacas a la crema. Cocinadas de esta forma, las espinacas siempre le traían el mismo recuerdo. No podía evitarlo, aunque intentase sacarse la imagen de la cabeza, siempre terminaba por reaparecer cada vez que tenía el plato ante los ojos. Una vez, en un campo lleno de ranúnculos había pisado una boñiga. Se había mirado el pie, que había quebrado la capa exterior endurecida. Lo tenía metido en un hoyo con vetas de un hermoso y oscuro color verde. «¡Qué color tan bonito!», había pensado. «Parece terciopelo o jade o espinacas a la crema».

Ahora, mientras el camarero le servía las suaves cucharadas, la imagen había vuelto a presentarse. «Estoy comiendo boñiga de vaca, estoy comiendo boñiga de vaca», se dijo a sí mismo, mientras hundía el tenedor en la masa.

«¿Qué querrás de postre?», le preguntó su padre. Era un hombre que disfrutaba viendo comer a los demás. Por su parte, sólo comía una tostada de jugosos champiñones negros. Los champiñones, con sus láminas aplanadas y astilladas que irradiaban desde el centro, parecían cabelleras de áspero pelo oriental.

Orvil leyó la carta.

«Quiero Pêche Melba», dijo.

«No será melocotón fresco», le avisó su padre.

«No recuerdo haber tomado Pêche Melba preparado con melocotones frescos ni una sola vez», dijo Orvil en tono pensativo. «Siempre me sirven grandes melocotones amarillos en almíbar.»

«Ya lo sé. Ese es el problema. Nunca lo preparan como es debido. Si no tienen melocotones frescos, no deberían ofrecerlo en la carta», el señor Pym parecía bastante enfadado, aunque Orvil sabía que su padre no se comería una copa de Pêche Melba por nada del mundo.

«Pero en Inglaterra a veces venden los melocotones frescos a media corona o más la pieza», dijo Orvil, saliendo al quite del Pêche Melba preparado con melocotón en conserva.

Su padre dio la callada por respuesta y siguió dando delicados sorbos a su vaso de whisky con soda.

Llegó el Pêche Melba con su velo pringoso y rojo de salsa Escoffier. Habían juntado las dos mitades del melocotón para que la forma de la fruta que recordaba a unas nalgas volviera a ser visible.

«Es como el trasero de una muñeca de celuloide», se dijo Orvil. «La muñeca de feria ha reventado y aho-

ra mana de su interior una nieve primorosa con fantásticos cuajos de sangre.»

Orvil probó con la lengua un poco de salsa roja de sabor metálico. Su padre no dejó de observarlo con gesto atento y amable hasta que el último bocado de melocotón desapareció. Entonces se levantaron los dos y regresaron a las sillas de mimbre bajo el techo de cristal.

«Sírvelo tú», dijo su padre, cuando trajeron el café. Orvil, como antes, cuando su padre le había dejado caminar por delante al entrar en el comedor, sintió un placer especial. Aquello le hacía sentirse importante.

Su padre se tomó un café solo, con tres terrones de azúcar en la tacita, y enseguida le entró un sueño dulce y tranquilo. Orvil observó las venitas delicadas que asomaban en la nariz y las mejillas de su padre. Eran como unas manos diminutas de color violeta que intentaban enlazar sus deditos. Orvil se preguntó si su padre había vuelto a fumar opio. Pese a que nada sabía de aquella droga, siempre se lo imaginaba cuando veía a su padre dormirse de repente. Sí sabía que su padre a veces fumaba opio, pues en una ocasión había dejado caer en tono jovial y acaso demasiado confidente: «Un tipo me propuso una noche en Java que nos fumásemos una pipa cada uno, pero no me hizo el menor efecto, aparte de sentarme mal. Así que no lo he vuelto a probar».

Después de aquella frase, Orvil siempre había estado vigilante por si descubría el olor del opio alrededor de su padre. Sabía bien cómo olía, porque una vez, cuando tenía nueve años, su tía, que estaba al co-

rriente de que le gustaban los abalorios y las miniaturas, le había regalado una vieja cajita de opio china. Era de marfil, pero la droga había dejado una mancha de un color parecido al de los caballos castaños. Cuando Orvil levantó la tapa por primera vez, la caja despidió un olor inconfundible y nuevo. Aún quedaban restos de opio pardo y pringoso en los lados y el fondo de la caja de marfil. Siempre que tenía vacaciones, volvía a su armario de pequeños tesoros, levantaba la tapa y volvía a aspirar el extraño olor del opio.

Miró de nuevo a su padre. Orvil quería subir a acostarse y se preguntó si debía despertarlo o no. Si por él fuera, con gusto lo habría dejado durmiendo, pero le asustaba pensar que si lo hacía su padre pudiera quedar en ridículo, dormido, bajo el techo de cristal del salón del hotel. Podía eructar dormido, o roncar, o soltar alguna palabrota o revelar terribles secretos familiares en aquella voz suya de sonámbulo especialmente estremecedora.

Le dio un golpecito en el hombro y le dijo: «Subo a acostarme, papá».

El señor Pym abrió los ojos y le devolvió una mirada vacía, entonces centró la vista y sus ojos perdieron aquel aspecto de ojos de bacalao cocido. Le contestó: «Buenas noches, Microbio. Que duermas bien. Pero ten cuidado con el coco».

*

Orvil había pasado una noche de lo más extraña. Había tenido muchas veces la tentación de portarse mal, pero no había sucumbido y se sintió muy poderoso y